

El aporte de menonitas y católicos al *Decenio para Superar la Violencia* del Consejo Mundial de Iglesias

INTRODUCCIÓN

Entre 1998 y 2003 se llevó a cabo un diálogo internacional entre católicos y menonitas, tomando como punto de partida el tema “*Hacia la sanación de la memoria*”, y concluyendo con un informe titulado “*Llamados a trabajar juntos por la paz*”. El Congreso Mundial Menonita y el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos auspiciaron una breve conferencia del 23 al 25 de octubre de 2007, en consulta con la oficina de la DSV, con la esperanza de que, sobre la base de este diálogo, católicos y menonitas pudieran hacer un aporte conjunto al *Decenio para Superar la Violencia* (DSV) del Consejo Mundial de Iglesias, y sobre todo en referencia a la Convocatoria Euménica Internacional por la Paz (IEPC) en 2011 con la que culminará el Decenio. La conferencia se realizó en el Centro Pro Unione de Roma. Como resultado, presentamos ahora algunas reflexiones teológicas mediante las cuales católicos y menonitas, comprometidos a superar la violencia, puedan manifestar conjuntamente su testimonio por la paz en el contexto ecuménico. Esperamos que estas reflexiones sean de provecho para otros de cara a los preparativos de la IEPC.

Comenzamos por identificar los fundamentos bíblicos y teológicos de la paz. Éstos aparecen bajo los subtítulos de *Creación, Cristología y Eclesiología*. Luego sigue una sección sobre la paz y el discipulado. Concluimos con algunos desafíos y recomendaciones que podrían constituir los puntos centrales de los talleres de la IEPC.

I. FUNDAMENTOS BÍBLICOS Y TEOLÓGICOS DE LA PAZ

A. Creación: la paz como un regalo y una promesa

Desde el comienzo de la creación, el Dios del *shalom*, “quien de una sola sangre hizo todas las naciones, para que vivan en toda la Tierra” (*Hch 17:26*), ha destinado a toda la humanidad hacia una única meta, a saber, la comunión con Dios. Esta relación armoniosa nos recuerda que dado el hecho que los seres humanos son creados a imagen y semejanza de Dios, somos llamados a estar completamente unidos por medio de una generosidad recíproca (*cf. Gn 1:26; Jn 17:21ss.*). Aunque el pecado ha deteriorado nuestra armoniosa relación con Dios y con los demás, la redención por medio de Cristo ha restablecido a la creación la posibilidad de la paz deteriorada por el pecado (*Gn 9:1-17; Col 1:19ss.; Ap 21:5*). En tanto constituyen la creación nueva de Dios, los cristianos son llamados a una

vida en paz unos con otros, con la humanidad entera y con toda la creación (*Hch* 10:36; *2 Co* 13:11; *Ro* 12:18).

La profundidad del *shalom* brindado por Jesús se evidencia en su alocución de despedida a sus discípulos (*Jn* 14:27-31). Es tradicional, en las despedidas judías, ofrecer la paz como un regalo de despedida. Jesús profundiza aun más este gesto al ofrecer el regalo de la paz compartiendo su propio ser. La paz de Dios fluye de su propio ser, unido al Padre mediante el amor. El mundo no puede brindar esta paz porque no conoce esta experiencia íntima de “estar en paz” con el creador de la paz. La paz que brinda Jesús es la paz infundida por el espíritu de las bienaventuranzas. Esta paz hace posible la no violencia, dado que sus verdaderos peticionarios hablan y obran de acuerdo con la lógica del amor desinteresado de Jesucristo.

La visión bíblica de la paz como *shalom* incluye la protección de la integridad de la creación (*Gn* 1:26-31; 2:5-15; 9:7-17; *Sal* 104). La Iglesia llama a la gente a vivir como administradores de la Tierra y no como explotadores. El regalo de la paz fluye desde el propio ser de un Dios misericordioso y atañe a toda la creación. En tanto Dios es generoso y fiel a su promesa de paz, es necesario que nosotros recibamos este regalo y lo usemos de modo responsable en nuestra relación con Dios, quien ha confiado a unos a otros y a la creación toda, a nuestro cuidado.

B. Cristología: Jesucristo, la base de nuestra paz

El testimonio por la paz, tanto de menonitas como de católicos, está arraigado en Jesucristo. “Cristo es nuestra paz, que nos ha hecho un solo pueblo... Así hizo la paz. Por su muerte en la cruz, nos puso en paz con Dios, haciendo de nosotros un solo cuerpo.” (*Ef* 2:14-16) Comprendemos la paz mediante las enseñanzas, la vida y la muerte de Jesucristo. Nos enseñó a ofrecer la otra mejilla, a amar a nuestros enemigos, a orar por quienes nos persiguen (*Mt* 5:39 y sig.), y a no usar armas letales (*Mt* 26:52). En su misión de reconciliación, Jesús se mantuvo fiel aun ante la muerte, expresando así la dimensión de la construcción de la paz que conlleva el amor divino y confirmando la profundidad de Dios que ama a la humanidad. La fidelidad de Jesús se reafirma en la resurrección.

La paz y la cruz

Dios demostró su amor por la humanidad en Jesucristo, quien murió en la cruz a consecuencia de la proclamación de su mensaje sobre el Reino de Dios. La cruz es la señal del amor de Dios por los enemigos (*Ro* 5:10ss.). El máximo desafío personal y eclesial tanto para católicos como para menonitas, es determinar las implicaciones de la cruz para nuestras enseñanzas sobre la paz y la guerra, y nuestra respuesta ante la injusticia y la violencia.

Al considerar la cruz de Cristo logramos entender lo que significa para nosotros la expiación. Como escribiera el apóstol Pablo: “Cristo mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz, para que nosotros muramos libres del pecado, vivamos una vida de rectitud. Cristo fue herido para que ustedes fueran sanados” (*1 Pe* 2:24). Es decir, por medio de la cruz Jesús establece nuestra paz con Dios, que nos ofrece el *shalom* de una nueva creación dado que aún somos pecadores (*Ro* 5:8). A la vez, la cruz nos impulsa a seguir los pasos de Jesús, “quien aunque era de naturaleza divina, no insistió en ser igual a Dios” (*Fil* 2:6). En cambio, “cuando sufría maltrato, no devolvía el maltrato; cuando

sufría, no hacía sufrir a sus verdugos; pero se encomendaba a quien juzgaba justamente” (1 Pedro 2:23). Por lo tanto, “el que está unido a Cristo es una nueva persona” (2 Co 5:17), que de ahora en más carga con la cruz y sigue el camino de la paz y la rectitud.

La paz y el sufrimiento

Reconocemos que el sufrimiento es una posible consecuencia de nuestro testimonio del Evangelio por la paz. No vivimos en un mundo utópico. Seguir a Cristo requerirá un discipulado sacrificado. Menonitas y católicos viven con la expectativa de que el discipulado implica sufrimiento. Jesús nos desafía: “Si alguno quiere ser discípulo mío, olvídense de sí mismo, cargue con su cruz y sígame” (Mr 8:34). Lo que sostiene a los cristianos en su sufrimiento es la fe en que el amor es más fuerte que la muerte. Sin embargo, somos llamados a sufrir y a aliviar el sufrimiento en vez de acrecentarlo. Los católicos afirman junto con el Papa Juan Pablo II:

“No es sino uniendo su propio sufrimiento al sufrimiento de Cristo en la Cruz por el bien de la verdad y la libertad, que el hombre es capaz de lograr el milagro de la paz y está en condiciones de discernir el sutil límite entre la cobardía que cede al mal y la violencia que, bajo la ilusión de luchar contra el mal, sólo lo empeora” (*Centesimus annus*, 25; cf. *Gaudium et spes*, 42 y 78).

Reflejando una convicción análoga, una reciente confesión de fe menonita afirma:

“Guiados por el Espíritu, y comenzando en la Iglesia, damos testimonio a todos que la violencia no es la voluntad de Dios ... Concedemos nuestra mayor lealtad al Dios de gracia y paz, quien guía diariamente a la Iglesia a vencer el mal con el bien, nos autoriza a hacer justicia, y nos permite mantener la gloriosa esperanza en el Reino pacífico de Dios” (*Confession of Faith in a Mennonite Perspective* (Scottsdale/Waterloo: Herald Press, 1995, Art. 22).

Tanto menonitas como católicos se inspiran en los textos del Evangelio, tales como Marcos 10:35-45 y Lucas 22:24-27, en que Jesús invita a sus seguidores a ofrendar sus vidas como servidores. Observamos con alegría nuestro común reconocimiento por los mártires, “los innumerables testigos” (He 12:1), quienes han ofrendado su vida dando testimonio de la verdad. Sostenemos juntos que, “lo que a los hombres les parece una insensatez de Dios, es mucho más sabio que la sabiduría humana; y lo que les parece una debilidad de Dios, es mucho más fuerte que la fuerza humana” (1 Co 1:25). Este compromiso tiene implicaciones en relación con el modo en que interpretamos la Iglesia y lo que significa ser Iglesia en el mundo.

C. Eclesiología

Los atributos eclesiológicos de la Iglesia de paz derivan de su mensaje de reconciliación, su compromiso con la no violencia, su libertad, su misión, su unidad y su esperanza de salvación.

La paz y la reconciliación

Católicos y menonitas declaran juntos que la verdadera vocación de la Iglesia es ser la comunidad de los reconciliados y los reconciliadores. Aceptamos este llamado de Dios “que se reconcilió con nosotros en la persona de Cristo, y nos ha encargado la obra de la reconciliación” (2 Co 5:18). Nuestras identidades afines como “iglesias de paz” (menonita) y como “Iglesia promotora de la paz” (católica), deriva de nuestro compromiso a seguir e imitar a Jesucristo, el Príncipe de Paz y Señor de la Iglesia. Mediante el compromiso bautismal con Cristo, todos los cristianos son llamados al camino de la paz y la reconciliación.

La paz y la no violencia

En un mundo que no ha sabido cómo aceptar o usar la paz que brinda Dios, el llamado sagrado de la Iglesia consiste en dar testimonio a través de sí misma, del camino de la paz y la no violencia. La Iglesia está llamada a ser una Iglesia de paz. Ello está basado en que católicos y menonitas tenemos la común convicción de que la Iglesia, fundada por Cristo, está llamada a ser una señal viviente y un medio eficaz para lograr la paz, superando cualquier forma de enemistad y reconciliando a todos los pueblos en la paz de Cristo (Ef 4:1-3). Compartimos la convicción de que la reconciliación, la no violencia y la activa promoción de la paz conforman la esencia del Evangelio (Mt 5:9; Ro 12:14-21; Ef 6:15). Menonitas y católicos afirman que el poder de Cristo supera las divisiones entre los pueblos (Ef 2:13-22; Gá 3:28). Sobre esta base, la Iglesia tiene la responsabilidad, en nombre de Cristo, de bregar por la superación de la violencia étnica y religiosa y contribuir a la construcción de una cultura de la paz entre las razas y las naciones.

Menonitas y católicos coinciden en que el camino de la violencia no es una solución al problema de la enemistad entre las personas, grupos o naciones. La promoción cristiana de la paz adopta la no violencia activa en la transformación del conflicto, tanto en las disputas nacionales como internacionales. Además, consideramos una tragedia y un grave pecado el hecho que los cristianos se odien y se maten. La disponibilidad de recursos para los grupos independientes y gobiernos a efectos de practicar la no violencia reduce la tentación de recurrir a las armas, incluso como último recurso.

La paz y la libertad

Católicos y menonitas comparten la convicción de que la Iglesia debería ser independiente de las organizaciones humanas de la sociedad. Es decir, la Iglesia debería mantener la libertad religiosa y la autonomía bajo el señorío de Cristo, el Príncipe de Paz. En tanto la Iglesia esté libre del control estatal, puede dar testimonio a la sociedad en general sin impedimentos. Por otra parte, en virtud de su dignidad como hijos de Dios, todos los hombres y mujeres tienen el derecho a la libertad religiosa y de conciencia. Nadie debería estar obligado a actuar en contra de su conciencia, sobre todo respecto al combate militar.

La paz y la misión

La misión es esencial para la naturaleza de la Iglesia. Fortalecidos y preparados por el Espíritu Santo, la Iglesia lleva las buenas noticias de salvación a todas las naciones, proclamando con la palabra y la acción el Evangelio del *shalom* a los confines de la Tierra (cf. *Is* 2:1-4; *Mt* 28:16-20; *Ef* 4:11ss.). La misión de la Iglesia se lleva a cabo en el mundo por medio de cada seguidor de Jesucristo, tanto pastores como laicos.

Una dimensión importante de la misión de la Iglesia se hace realidad en la propia constitución de la Iglesia como comunidades interétnicas de fe. La Iglesia constituye un solo pueblo de fe, que se origina a partir de pueblos de diversas lenguas y naciones (*Gá* 3:28; *Ef* 4:4-6; *Fil* 2:11). La misión requiere que los cristianos aspiren a ser “uno” por su fidelidad testimonial a Jesucristo y al Padre (*Jn* 17:20-21), “procurando mantenerse siempre unidos con la ayuda del Espíritu Santo y por medio de la paz que ya los une” (*Ef* 4:3). Es parte de la misión de la Iglesia proclamar la paz de Jesucristo al mundo y extender la obra de Cristo –el *shalom* de Dios– a los hombres y mujeres de buena voluntad de todas partes.

La paz y la unidad

La unidad es uno de los atributos fundamentales de la Iglesia. Esta unidad es un reflejo de la propia unidad del Dios Trinitario. Por consiguiente, junto con otros discípulos de Cristo, católicos y menonitas le dan suma importancia a los textos de las Escrituras que llaman a los cristianos a ser uno en Cristo. Nuestro testimonio de la revelación de Dios en Cristo se debilita al vivir en desunión (*Jn* 17:20-23). ¿Cómo podemos pedirle al mundo que viva en paz cuando nosotros mismos hacemos caso omiso al llamado a “mantener la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz?” (*Ef* 4:3) Formulamos juntos la siguiente pregunta: ¿Qué significa para las iglesias cuando declaran “un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todo?” (*Ef* 4:5-6) El informe sobre el diálogo católico-mennonita lleva por título “*Llamados a trabajar juntos por la paz*” y representa un signo esperanzador de “la unidad del Espíritu”.

La paz y la salvación

Católicos y menonitas coinciden en que la Iglesia es el signo elegido de la presencia de Dios y la promesa de salvación para toda la creación. Los católicos se refieren a ello al manifestar que la Iglesia es “el sacramento universal de la salvación y a la vez revela y actualiza el misterio del amor de Dios por la humanidad” (*Gaudium et spes*, 45). Los menonitas expresan el carácter promisorio de la Iglesia al proclamar que “la renovación del mundo ha comenzado en el pueblo de Dios” (Douglas Gwyn *et al.*, *A Declaration on Peace* (Scottsdale/Waterloo: Herald Press, 1991), y que “la Iglesia es la nueva comunidad de discípulos enviada al mundo para proclamar el Reino de Dios y brindar un anticipo de la esperanza gloriosa de la Iglesia” (*Confession of Faith in a Mennonite Perspective*, Scottsdale/Waterloo: Herald Press, 1995, Art. 9). Mientras que la Iglesia aún se encamina hacia un Reino de Dios más pacífico, en el aquí y ahora la Iglesia da señales de su carácter escatológico, brindando un anticipo de la gloria aún por venir. Esta gloria no es ni más ni menos que el propio *shalom* de Dios quien ama a la humanidad y nos convoca “a hacer justicia, amar la bondad, y andar con humildad con nuestro Dios” (cf. *Mi* 6:8).

II. LA PAZ Y EL DISCIPULADO

En vista de las reflexiones recién expresadas respecto de los fundamentos bíblicos y teológicos de la paz, tenemos la mutua convicción de que ser un discípulo de Cristo es ser un testigo de la paz. El discipulado cristiano está basado en una espiritualidad que arraiga al discípulo en la vida de Cristo que “es nuestra paz” (cf. *Ef 2:14–16*), y que impulsa a la acción por la paz.

A. Espiritualidad

Para los cristianos, la espiritualidad consiste en seguir las enseñanzas y la vida de Jesús, asumiendo su modo de vida como propia. “El testimonio cristiano por la paz es parte integral de nuestro caminar como seguidores de Cristo y de la vida de la Iglesia como ‘la familia de Dios’ y ‘la morada de Dios en el Espíritu’ (*Ef 2:19*)” (*CTBP*, 181). Como imitadores de Cristo, somos llamados a amar a nuestros enemigos y a practicar el perdón (cf. *CTBP*, 180). La paz se construye por medio de la práctica de la paz. Por tal motivo, la Iglesia debe ser una escuela de virtudes, donde “las virtudes pacíficas” se valoran, se enseñan, se practican y se fortalecen. Éstas comprenden: “el perdón, amor a los enemigos, respeto por la vida y dignidad de otros, circunspección, dulzura, misericordia y el espíritu de sacrificio” (*CTBP*, 184). Quisiéramos destacar cuatro virtudes que contribuyen a la construcción de la paz: la no violencia, el perdón, el arrepentimiento y la disposición a la oración.

No violencia

Fortalecidos por su unión con Cristo e imitando a Cristo como seguidores suyos, los cristianos son llamados a practicar la no violencia al bregar por “superar el mal con el bien” (*Ro 12:21*; cf. *Centesimus annus [CA]*). Los católicos enfatizan cada vez más la no violencia como parte fundamental del Evangelio y de su testimonio en el mundo; y los menonitas han ampliado asimismo su interpretación de la no resistencia por principio a fin de incluir el ejercicio de la no violencia activa. Dado que la construcción cristiana de la paz se realiza bajo el signo de la cruz, el sufrimiento es inevitable; es el precio que se debe pagar en un mundo pecador, por amar a nuestros enemigos en un mundo pecador (cf. *CTBP*, 182; *CA*, 25).

Si bien para menonitas y católicos la construcción de la paz por medio de la no violencia es una vocación individual, es también una acción comunitaria. Cada una de nuestras comunidades entiende la “responsabilidad que tiene de discernir los signos de los tiempos, y responder a los cambios y acontecimientos con iniciativas de paz apropiadas, basadas en la vida y las enseñanzas de Jesús” (*CTBP*, 181). En la Iglesia Menonita este discernimiento se ejerce tanto en las congregaciones como en las entidades eclesiales más grandes, aunque algunas veces también en organizaciones especializadas tales como el Comité Central Menonita. En la Iglesia Católica se desarrolla en múltiples niveles y en diversos ámbitos: parroquias, comunidades laicas y religiosas, comisiones diaconales y nacionales de paz y justicia, sínodos de obispos y de la jerarquía (cf. *CTBP*, 181). Merced a la influencia del Evangelio, este discernimiento comunitario lleva a los discípulos a ser Iglesia en un mundo de conflictos. Mediante la lectura de los signos de los tiempos y de las acciones resultantes, la Iglesia puede ser la sal y la luz del mundo (*Mt 5:11-16*).

Perdón

Además de la no violencia, el discipulado implica el perdón como manifestación fundamental de la vida cristiana. Jesús nos enseñó a perdonarnos unos a otros, y su muerte fue el ejemplo supremo del perdón (Lc 23:34). Por consiguiente, la Iglesia cumple un papel especial en la promoción de la reconciliación. La Iglesia, especialmente la iglesia local, es el ámbito en el que ambas comunidades aprenden a perdonar: los católicos mediante el sacramento de la reconciliación; los menonitas, mediante el modo en que la Iglesia enseña y ejemplifica el perdón y la reconciliación en la vida cotidiana y practica la mutua corrección en el contexto de la Cena del Señor. Estamos conscientes de nuestro propio deber concerniente a pedir y conceder perdón, tanto individual como colectivamente. Reconocemos que en el pasado nuestras iglesias han fallado demasiadas veces en este respecto.

Celebramos la difusión hoy día de actos públicos de perdón y el desarrollo de programas de reconciliación en conflictos civiles e internacionales. Como escribiera el Papa Juan Pablo II: “No hay paz sin justicia, no hay justicia sin perdón” (*World Day of Peace*, 2002). Estas iniciativas representan un avance en el ámbito público del cual los cristianos no pueden más que alegrarse. Al mismo tiempo, los cristianos deben ser la levadura para la paz en el mundo al llevar a la práctica el perdón en su propia vida, y promover el perdón público como un elemento necesario de la reconciliación pacífica. Al ejercer el perdón, las iglesias forjan la cultura de la paz para el mundo.

Sinceridad

Así como la paz exige justicia, la auténtica reconciliación exige sinceridad. Por medio de nuestro diálogo hemos aprendido, así como otros han aprendido a través de sus iniciativas dirigidas hacia la reconciliación, que la dolorosa historia de las divisiones no se puede superar y la sanación no se puede efectuar sin la purificación de la memoria y un espíritu de arrepentimiento (*CTBP*, 190-198). En primer lugar, la sanación de la memoria implica la buena disposición “a avanzar más allá del aislamiento del pasado y considerar medidas concretas tendientes a crear nuevas relaciones” (*CTBP*, 191). En segundo lugar, la purificación de la memoria consiste en permitir que se destierre de nuestra conciencia toda forma de resentimiento y violencia heredada de nuestro pasado, y propiciar la renovación de nuestro modo de actuar (cf. *CTBP*, 192). Finalmente, el espíritu penitencial se pone de manifiesto en la determinación de resolver futuras diferencias por medio del diálogo (cf. *CTBP*, 198). Si los cristianos han de ser modelos convincentes de la reconciliación en Cristo para el mundo, deben someterse reiteradamente a este proceso de sanación, purificación y arrepentimiento.

Oración

Finalmente, la oración es esencial para la promoción cristiana de la paz. A través de los siglos, al dar su testimonio los promotores cristianos de la paz se han inspirado y hallado fortaleza en la oración, la contemplación de la vida de Cristo y en una apertura atenta al Espíritu de Dios. Por medio de la gracia de Dios, ellos discernen “la paz que sobrepasa todo entendimiento” (*Fil 4:7*). Así, la predisposición a la oración constituye también la impronta del promotor de la paz hoy día. Además, el testimonio ecuménico de las iglesias

mediante la oración, a través de la cual se superan las divisiones y se establece una comunión con Dios, significa una bendición tanto para los cristianos como para el mundo (cf. *CTBP*, 185).

B. Acción

La práctica de la oración –en la vida privada y en el culto público de la Iglesia– redundaría en beneficio de la construcción de la paz en tanto individuos y comunidades participen en el testimonio por la paz de la Iglesia. Católicos y menonitas comparten la convicción de que “la reconciliación, la no violencia y la construcción activa de la paz forman parte de la esencia del Evangelio (*Mt* 5:9; *Ro* 12:14-21; *Ef* 6:15)” (*CTBP*, 179). Al promover la no violencia en la resolución de conflictos nacionales e internacionales, presentando programas de resolución de conflictos y transformación de conflictos, y fomentando la reconciliación entre adversarios –algunas veces en conjunción con sus homólogos seculares y otras veces sin ellos– los cristianos hallan la manera de llevar a cabo “el Evangelio de la paz” en el mundo actual. Al impulsar el amor a los enemigos y el espíritu de perdón, se contribuye también a construir hoy día una cultura de la paz duradera.

No obstante, entendemos que ante la ausencia de justicia y derechos humanos, la paz es un espejismo, la mera ausencia de conflicto. Por tal motivo, creemos que “la justicia, entendida como la existencia de relaciones justas, es compañera inseparable de la paz” (*CTBP*, 177). Por consiguiente, “la visión de la paz del Evangelio abarca la no violencia activa por la defensa de la vida humana y los derechos humanos, por la promoción de la justicia económica para los pobres, y tiene como fin fomentar la solidaridad entre los pueblos” (*CTBP*, 178). La no violencia activa cumple un papel decisivo en la transformación de las condiciones sociales injustas tendiente a un orden más justo que refleje los valores del Reino de Dios (cf. *CTBP*, 178-179, 184). Por tal motivo, la educación, la capacitación y la práctica de la no violencia activa por parte de los cristianos constituyen en la actualidad el aporte central de la Iglesia y de las organizaciones auspiciadas por la Iglesia. La Iglesia tiene la responsabilidad de construir un mundo pacífico en conformidad con los ideales bíblicos del *shalom* y del Reino de Dios (cf. *CTBP*, 177, 184).

III. DESAFÍOS CONCRETOS / RECOMENDACIONES/ SUGERENCIAS PARA POSIBLES TALLERES DURANTE LA IEPC

Además de exponer las reflexiones teológicas antedichas, planteamos asimismo algunos desafíos concretos que podrían ser objeto de sesiones o talleres durante la IEPC. Están basados en el hecho que el movimiento ecuménico, al procurar reconciliar a los cristianos distanciados, constituye por propia naturaleza un movimiento de reconciliación y paz.

(1) Por más de un siglo, el movimiento ecuménico ha contribuido a la reconciliación de las comunidades cristianas que han estado divididas durante siglos. Dado que la reconciliación de los cristianos es en sí misma una contribución a la paz, recomendamos que la Convocatoria brinde oportunidades a los participantes de aprender sobre algunos de los logros más importantes del movimiento ecuménico que han producido la

superación de las barreras de desunión y la creación de nuevas relaciones entre las comunidades cristianas que anteriormente estuvieron divididas.

(2) Las divisiones entre cristianos se remontan a siglos atrás. Existen amargos recuerdos como resultado del conflicto entre cristianos, que ha derivado en dichas divisiones en diversas épocas de la historia del cristianismo. En varios informes sobre el diálogo ecuménico se ha tratado la cuestión de la purificación y reconciliación o sanación de la memoria. Recomendamos que se realice un estudio para determinar los diferentes enfoques de la sanación de la memoria que se han desarrollado en los diálogos o por parte de iglesias particulares, con el propósito de fomentar el testimonio común de los cristianos respecto a este importante factor que es tan necesario para la paz.

(3) Ratificamos la enseñanza y el ejemplo de Jesús referente a la no violencia como algo normativo para los cristianos. A la vez, reconocemos que los cristianos han adoptado diferentes perspectivas y posturas al enfrentar los graves conflictos de la sociedad en el curso de la historia y en la actualidad. Aquellas incluyen teorías sobre la guerra justa, modalidades de no violencia activa y el pacifismo.

Recomendamos que la Convocatoria en el año 2011 se encamine hacia el logro de un *consenso ecuménico* acerca de la manera en que los cristianos podrían abogar conjuntamente para reemplazar la violencia como un medio para resolver los graves conflictos de la sociedad. Sugerimos, como primera medida, que las diversas posturas alternativas a la violencia planteadas en la actualidad, sean estudiadas y evaluadas en conjunto y de manera crítica. Estas comprenden, por ejemplo, (a) el derecho de hombres y mujeres a la objeción de conciencia como alternativa a la participación en la guerra; (b) el derecho a la objeción de conciencia *selectiva*, que es el derecho y el deber de negarse a participar en guerras consideradas injustas, o de ejecutar ordenes consideradas injustas; (c) la postura asumida recientemente por el Consejo Mundial de Iglesias (CMI), descrita como *La responsabilidad de proteger*; (d) el concepto de “Sólo se mantiene el orden” (Cf. Gerald W. Schlabach, *Just Policing, Not War: An Alternative Response to World Violence*, Liturgical Press 2007).

(4) En las últimas décadas, los cristianos junto con los miembros de otras religiones mundiales han sido partícipes en el testimonio por la paz; por ejemplo, en las reuniones en Assisi (1986, 1993, 2002) por invitación del Papa Juan Pablo II, o en la Conferencia Mundial sobre Religión y Paz y otras iniciativas. Conscientes de que hoy día la colaboración entre las religiones del mundo es vital para la búsqueda de la paz, recomendamos que la Convocatoria en el 2011 disponga la posibilidad de estudiar dichas iniciativas, con la esperanza de aprender de ellas y seguir profundizándolas.

PARTICIPANTES EN LA CONFERENCIA CATÓLICA-MENONITA, 23–25 DE OCTUBRE DE 2007

MENONITAS

Ricardo Esquivia, Lenemarie Funck–Späth, Helmut Harder, Nancy Heisey, Henk Leegte, Larry Miller, Paulus Sugeng Widjaja

CATÓLICOS

Joan Back, Gosbert Byamungu, Drew Christiansen, SJ, Bernard Munono, James Puglisi, SA,
John A. Radano, Teresa Francesca Rossi

CONSEJO MUNDIAL DE IGLESIAS

Hansulrich Gerber, Fernando Enns

19 de enero de 2008